

*Males del Cooperativismo***Miedo a la Organización**

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

EL haber estado presente, la semana pasada, en un seminario sobre cooperativismo que organizaron la SIC y la Universidad de Guadalajara, en la capital de Jalisco, me hizo reflexionar sobre algunos de los problemas que afectan al movimiento cooperativo nacional.

Se creería que, a la luz de las aspiraciones sociales que la Revolución quiso satisfacer, el cooperativismo fuese una forma de organización comunitaria floreciente y favorecida en este país. No es así. En números gruesos, funcionan apenas dos mil quinientas cooperativas. De ellas hay que descontar el gran número de las que son meras simulaciones, sobre todo entre las que se dedican a la pesca, a las cuales la ley reserva la captura de siete especies marinas.

Por otro lado, y salvo algunas excepciones, la mayor parte de las cooperativas tienen una economía precaria. Las de producción van apenas sobreviviendo y las de consumo no amplían sus actividades al ritmo que impone la actividad comercial a cuyas prácticas tienen que apegarse al mismo tiempo que deban oponerse a ellas.

Muchas razones pueden explicar esta permanente atonía cooperativa. Creo que una principal es nuestra falta de educación para la solidaridad y la democracia, dos de los principios en que se basa el cooperativismo. De aquí surgen otros males: si hay cooperativas que rinden provecho sólo a unos cuantos, la culpa es de éstos, pero también de quienes no saben hacer valer sus derechos, e inclusive los desconocen. Deshonestidad e ignorancia son sólo frutos de la falta de ejercicio de aquellas virtudes sociales.

El movimiento cooperativo padece también por la desconfianza social. Los empresarios lo tienen ante sí como un "pésimo" ejemplo de que puede haber una organización económica y social en la que ellos no participen. Los sindicalistas lo repudian: teóricamente porque dicen que inhibe la formación de conciencia de clase; en la realidad porque impide la explotación y la sujeción; y porque va más allá de las meras reivindicaciones gremiales, para constituirse en una filosofía vital.

★

A pesar de que se reservó facultades para fomentar el sistema cooperativo e intervenir en él, el Estado no ha sido congruente en sus políticas hacia el cooperativismo. Sólo ahora, por ejemplo, la Dirección respectiva se esfuerza —entre otras actividades— por difundir la idea de que las cooperativas no pueden prosperar si no aplican las reglas de administración empresarial. Es necesario adoptarlas, para participar con eficacia en el juego económico, sin perjuicio de reconocer que son medios y no fines en sí mismas.

Pero una sola oficina gubernamental no puede cambiar la mentalidad que sobre el cooperativismo tiene, conscientemente o no, la totalidad del aparato oficial. Así, el cooperativismo vive cercado de acciones en su contra u omisiones de actos que debieran ser en su favor. En el fondo, lo que está presente en esta actitud hacia las cooperativas es el temor estatal a la organización social de los mexicanos.

La invertebración nacional, la dificultad para iniciar y desarrollar agrupaciones sociales de cualquier naturaleza, ha contado entre los factores principales para conseguir el dominio de una pequeña parte de mexicanos sobre la inmensa muchedumbre de ellos. Escuelas de democracia y solidaridad, foros de libre examen, las cooperativas propiciarían el que los mexicanos pobres se reuniesen y actuasen en sus ámbitos propios. El miedo a que ocurra así produce una singular miopía: no se ve que por este medio de organización disminuirían las tensiones y que el cambio social sobrevendría menos áspera, menos abruptamente.

*Opción Legítima***Cristianos por el Socialismo**

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

CONVENGAMOS, para empezar, en que el término socialismo está satanizado. Hechos reales, y el manejo de ellos por la propaganda inmovilista, lo han cargado de un significado demoníaco.

Por ello, puede parecer extraño, y hasta diabólico, que en Santiago de Chile se reúna en estos días un grupo de cristianos que propugnan el socialismo. ¿No son, acaso, posiciones incompatibles? ¿Están traicionando a su fe, es decir, están dejando de ser cristianos quienes optan por la vía socialista? Importa contestar a estas preguntas porque de sus implicaciones depende que el más o menos superficial cristianismo que se observa en Latinoamérica se ponga en favor o en contra de la historia.

Debe tenerse presente que el régimen político y social en que vivimos no es eterno. Producto de la historia, está sujeto al tiempo. Tuvo un comienzo y tendrá un final. No debemos ser tan irracionales como para no prever lo que vendrá o para intentar prolongar indebida e innecesariamente una etapa histórica que tiene un ciclo vital improrrogable.

Así pues, no es ocioso ni subversivo preguntarse si los cristianos pueden escoger el socialismo. Yo creo que sí, que se trata de una opción legítima. Una cuestión distinta será la de la eficacia del camino elegido para lograr que el hombre se desarrolle en plenitud. Pero no se traiciona la fe, no se contamina ésta si se acepta este peculiar modo de ordenación social.

Si para escoger el socialismo se tuviera que admitir la cosmovisión marxista —con sus diversos instrumentos, aplicables a las distintas formas de manifestación humana— acaso la opción fuera contraria a la cosmovisión cristiana, que se basa en la idea de un Dios espiritual. (Aunque no debe desestimarse el genial atisbo de Teilhard de Chardin, sobre el Dios-energía, es decir, materia).

★

PERO se puede tomar del marxismo sólo algunos de sus instrumentos, para el análisis de la historia y de la sociedad, y para la organización social, sin contradecir ninguna de las verdades fundamentales del cristianismo. Tal vez, al tomar esa posición, los cristianos se oponen a algunas tesis de la Iglesia, pero no a las del Evangelio ya que, por desgracia, no siempre coinciden. Pero ello no les quita —sino lo reafirma— su carácter de seguidores de Cristo.

Sin restar importancia a las graves deficiencias de los regímenes socialistas concretos, es posible afirmar que, gracias a la apropiación social de la riqueza social, la explotación de unos hombres por otros resulta sólo de desviaciones del sistema, y que no es consustancial a él, como ocurre en el capitalismo, donde ni la existencia —innegable, por otra parte— de "patrones buenos" impide que el trabajo de muchos engorde las carteras y los cuerpos de unos pocos.

Por ello, el socialismo significa la esperanza. Y el cristianismo significa lo mismo, porque cree en la Resurrección de Cristo y por consecuencia en la de todo el género humano. Busca el socialismo la justicia social, que no es sino el nombre colectivo del amor al prójimo, cuyo ejercicio recomendó de modo central el Fundador del cristianismo.

Desprovistos de miedos, sabedores de que la historia no puede ser detenida, los cristianos por el socialismo pueden equivocarse en el uso de medios concretos. Pero eso no restará mérito a su decisión clarividente tanto como valerosa.

DINERO